

Es de saberse que, de común acuerdo, habían hecho fijar en el comedor unos cartelones que rezaban así:

Prohibido hacerle versos al siglo que nace.

No se admiten versos al siglo que muere.

Quien les haga versos a los dos siglos, será arrojado a puntapiés.

Y otros letreros en que se desterraba todo lo que fuera lirismo, todo lo que fuera necrología al siglo XIX y epinicio al siglo XX.

Sonaron las doce de la noche, y empezó el repique de las campanas en todas las torres y espadañas de la ciudad.

Los cenantes se incorporaron y, con cómica solemnidad, pusiéronse en gran recogimiento, como si orasen mentalmente.

Soto Borda, asumiendo una actitud hierática, exclamó con voz cavernosa, como salida de lo profundo de la eternidad.

—Hermanos samaritanos:

«El XIX ya está yerto,
y el XX ya llegó.
Lloremos por el siglo muerto,
libemos por el que nació».

Levantóse un enorme vocerío contra el improvisador:

—¡Muy buena estrofa, pero está prohibido!

—¡No!... ¡No!...

—¡Que lo saquen!

—¡Está prohibido hacerles versos a los siglos!